

Ciudad de San Cristóbal

POR PEDRO DE RÉPIDE

Como pueblo - Sep 1929



ENETRAR en la Habana por el muelle de Caballería es situarse ante una perspectiva secular. Este muelle y el de Luz son las dos solas comunicaciones francas entre la tierra de la ciudad y el agua de la bahía. Pero sirven únicamente a un tránsito local, a un tráfigo íntimo y casero entre la capital y los embarcaderos fronteros de sus

aledaños. El de los Cocos, para la subida a las fortalezas de la Cabaña y del Morro. El de Casablanca, para este lindo poblado y los pasos al ferrocarril de Herschey, y a los caminos de Tiscornia y de la estación naval. Y el de Regla, para ese típico pueblo, guardián celoso de las costumbres tradicionales.

El viajero que llega de otros países arriba a muelles de más importancia y separados fieramente de la ciudad por barreras impenetrables. La Habana, donde la vida es tan grata, amable y voluptuosa, no carece más que de un encanto. Ése que es un atractivo de los puertos; por ejemplo, los europeos, con el paseo por sus orillas a cualquier hora, la contemplación inmediata de las naves, la libre visita a los barcos y, en los momentos de partida, el consuelo de la despedida en la misma borda hasta el postrer instante.

Motivos fiscales, sanitarios o de orden social, que, sin embargo, existen lo mismo en los restantes países, han levantado en la Habana esa muralla infranqueable, que forma una solución de continuidad entre el caserío y el agua, y hace que la ciudad encantadora, que posee uno de los primeros puertos del mundo, no lo vea y goce a su sabor.

Aun entrando por el muelle de San Francisco, que se halla dentro de la clausura y es adonde atracan los trasatlánticos que llegan de Europa, si el

viajero desde la escala pisase en seguida suelo firme en el de la famosa plaza que toma su nombre del antiguo convento, como acontecía antaño, se encontraría de repente, sin pedir al sésamo que se abriera, en la entraña de la ciudad vetusta; mas sería como si abriese un libro por su segundo capítulo. Situándose en el muelle de Caballería ve más cerca, al otro lado, por la angostura del canal, las moles castrenses del Morro y de la Cabaña; mira perderse el panorama de la bahía hacia el fondo pintoresco

de Guanabacoa, el pueblo feraz, bendito con el don de los manantiales, y cara a la Habana, se encuentra ante la célula primitiva de su formación, ante el núcleo inicial, y puede desde allí seguir paso a paso el desarrollo de la retícula que dibuja el plano de la vieja urbe, contenida por el ceñidor de su muralla, y su desbordamiento luego por campiñas y calzadas, ganando por un lado las cumbres de las lomas, y dilatándose por los lindes costeros, corriendo sonriente a lo largo del mar.

D. Diego Velázquez, que llevaba fundadas de primer intento las ciudades de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, San Salvador de Bayamo, Santiago de Cuba, Trinidad, Sancti Spiritus y Santa María de Puerto Príncipe, no atinó hasta la tercera vez con el emplazamiento conveniente para la última de sus fundaciones, que había de ser la de San Cristóbal de la Habana. Quiso crearla primero junto a la desembocadura de Güines, y luego al lado de la del Almendares, con una magnífica visión del porvenir; de modo que hoy día el deportismo habanero debía dedicarle un homenaje, puesto que Velázquez fué el primer almendarista.

Finalmente dió con el paraje que le pareció a propósito a la entrada de puerto de Carenas, que Sebastián de Ocampo había descubierto en su periplo alrededor de la isla. En la plaza de Armas, el Templete conmemorativo y la



Pedro de Répide

2

9

butos marciales, pero deteriorada al sufrir repetidamente el embate de accidentes meteorológicos. Y allí preside a prima noche una espesa concurrencia de polacos, que se trasladan en familia a llenar su espacio, hasta que el cañonazo de las nueve les sirve de señal para la retirada, y queda solitaria la vetusta alameda, sin más tránsito que el de algún marinero trasnochador y los báquicos clientes de los bailes cercanos.

La inmediata calle de San Isidro, aunque ya bastante disminuída en su bullicio nocherniego, conserva algunos de esos lugares de expansión, indispensables en todos los puertos, y su paralela, la de Desamparados, poseída ahora de una soledad y de un silencio sepulcrales, no presenta diferencia entre su acera de viviendas cerradas y deshabitadas, y la que corresponde al paredón de los muelles de una línea norteamericana.

El hospital de Paula no ha dado nombre solamente a la alameda, sino a una calle que no puede quedar sin mención. Esa calle es venerable. Cerca del Ejido tiene una casa de modesta apariencia y de suma grandeza verdadera. En ella nació José Martí. La Habana histórica se esconde en esas celdillas de pánal que finge el plano de la ciudad intramuros. La Merced, hoy templo y residencia de la Congregación de la Misión; el antiguo convento de Belén, actualmente secretaría de Estado, y la iglesia del Cristo del Buen Viaje, que tantas veces suele verse en rancias estampas como fondo de escenas y tipos populares (el panadero y el malojero), son monumentos que atestiguan la piedad de tiempos tradicionales; pero entre todos ellos destaca su importancia el antiguo convento de Santa Clara, ahora ocupado por la secretaría de Obras públicas. Los más remotos y curiosos vestigios del urbanismo habanero hállanse allí. La primera fuente pública, el primer lavadero, los primeros baños, la graciosa casa del Marino, una calle entera de la pristina urbe, todo quedó encerrado en el recinto conventual, aumentando con tan valioso acervo el encanto que por sí solo tiene la visita al claustro que fué de las seráficas clarisas. En este monasterio, y ningún otro lugar más a propósito, celebróse hace pocos años una Exposición retrospectiva, en la que, por cierto, se reservó una parte a la época y recuerdo de la condesa de Merlín.

En la calle de la Muralla existe la casa de la condesa de Jaruco, donde nació esa belleza célebre que había de ser digna sucesora de la hermosura de su madre. La Habana y Madrid se enlazan una vez más en esta historia. La condesa de Jaruco, que en la Corte de Carlos IV había disputado a la generala Junot, duquesa de Abrantes, la admiración de los galanes, llegó a la cumbre de su poder fascinador al consumarse la invasión napoleónica y rendir ante sus gracias al nuevo y transitorio monarca José I. Los pabellones de la Casa de Campo y el palacete de la Moncloa sabían de aquel egregio idilio que había de conducir a una elegía. Murió la de Jaruco al ser terminado el cementerio general del Norte, vulgarmente llamado de la Puerta de Fuencarral. Era el año 1811. El nuevo rey, dispuesto a hacer cumplir las disposiciones sobre policía de los enterramientos, que obligaba a no verificarlos en poblado, en los atrios o en el interior de las iglesias, abrió el camposanto en las afueras de la villa, y donde sin distinción ni privilegios serían inhumados todos los cadáveres. El cementerio del Norte esperaba el primer cuerpo que había de recibir en sus galerías. Y la fatalidad dispuso que fué el de la gentil criolla el que iniciara la fúnebre serie. Allí fué enterrada. Pero, en la noche, unos brazos misteriosos la exhumaron y la llevaron a recibir sepultura bajo el trono del ramaje del más frondoso de los árboles del jardín de su palacio, en la calle del Clavel. Su hija, vencedora de los vencedores, casó con el militar francés conde de Merlín y ejerció también en su salón parisiense otra soberanía de la beldad y del ingenio.

Prolongando este inciso, podríamos hablar de otras relaciones y penetraciones históricas entre la Habana y Madrid. Pero, para terminarlo, nos bastará referirnos (y ello nos servirá de tema para otro trabajo) a la actuación de dos habaneros en la memorable fecha madrileña del 2 de mayo de 1808: Gonzalo O'Farrill y Rafael Arango. El uno con matiz de afrancesado, que le llevó a ser ministro del rey José, y cuya actitud en el trágico día era de prudencia, para evitar mayores males, y el otro, compañero en heroísmo de Daoiz, de Velarde y del teniente Ruiz; él fué el primero que entró aquella mañana en el Parque de Monteleón y dispuso el armamento para la lucha; él se batió desesperadamente en la gloriosa defensa, y como la más ennoblecedora de las condecoraciones enrojeció su pecho la sangre de Daoiz, herido de muerte, y a quien él había recogido y sostenía. Mientras, en Cuba, un madrileño de buena memoria como alcalde de la Habana, Pedro Pablo O'Reilly, enviaba socorros de hombres y de dinero para la guerra de la Independencia española.

Ya a mediados del siglo XIX, las familias aristocráticas habían empezado a abandonar el recinto amurallado para trasladar sus residencias al Cerro, como en la actualidad se ven cada vez más poblados los repartos del Vedado y de Miramar. Las casas ancestrales iban a engrosar el número de almacenes y de dependencias comerciales, cuando no se transformaban en ciudadelas después de haber pasado a otros dueños por trámites hipotecarios. Los «morenos» de Jesús y María y de los recovecos de las calles del Conde y de Bayona; los chinos dedicados a tráfico y oficios subalternos, y los galleguitos de las cantinas y las tiendas de víveres, eran entonces las variedades de población que convivían con el criollo, no dirigido todavía hacia la Gran Antilla el continuado éxodo que se está verificando desde tierras de Polonia, de Ucrania, de Turquía y de Arabia.

HERNÁNDEZ
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
CENTRO DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Quando el general Dulce, en 1863, dispuso el derribo de las murallas, hacía ya tiempo que la Habana las había traspuesto, comenzando su ilimitada expansión al otro lado de ellas. Desde la Punta hasta llegar finalmente delante del Campo de Marte comenzó a formarse, en el último tercio del siglo XVIII, lo que se llamó Alameda del Prado y Prado Nuevo, y a mediados del siglo XIX paseo de Isabel II, o simplemente paseo Nuevo, según reza la inscripción de un curioso plato de la cerámica de Sargadelos, que con una vista de la fuente de la India, en la época de su colocación, posee quien estas líneas escribe. Las puertas de Monserrate, perdida la eficacia castrense de adarves, baluartes y bastiones, sólo servían para entorpecer el paso a la salida de las calles del Obispo y de O'Reilly. En su lugar dejaron espacio a la plazoleta donde, en 1887, había de erigirse muy justificadamente la estatua del brigadier de Ingenieros don Francisco de Albear, constructor del canal de Vento, que surte de agua a la ciudad.

Con loable buen gusto, han sido conservados tres trozos de la vieja muralla.

Uno, junto a la nueva Estación Terminal; otro, al lado del Instituto, entre Ejido, Zulueta y Teniente Rey, y el restante, en fin, delante del palacio presidencial. Ningún monumento podría equivaler en fuerza ornamental, poder evocador y prestigio de abolengo a estas moles de quebradas siluetas y ennoblecidas por el tiempo.

El Campo de Marte ha visto cambiado recientemente su nombre por el de plaza de la Confraternidad Americana, al mismo tiempo que perdía, al convertirse en anchurosa plaza de amplias vías para el tránsito rodado, su aspecto tradicional de parque frondoso, umbrío jardín urbano de los que se experimenta necesidad en la Habana, que entre tantos encantos como la hacen extraordinariamente grata ha llegado a resentirse de la falta de paseos sombreados y, en general, de la carencia de árboles. La fuente de la India o de la Noble Habana, obra del italiano Gaggini, en 1837, ha realizado también el año último la sexta, y es de esperar que la postrera, de sus evoluciones, presidiendo y encabezando el Prado, como se le llama comúnmente al hermoso y dilatado paseo, aunque su nombre oficial es actualmente de Martí. La fuente de la India, tallada en piedra blanca e ideada para que se destaque sobre un fondo de verdor, no tiene ahora tampoco perspectiva inadecuada, pues se ha cuidado de poner tras ella un macizo de gallardas palmeras.

El terreno del antiguo Jardín Botánico y del Paradero del Camino de Hierro o Estación de Villanueva, ha dejado magnífico emplazamiento al grandioso edificio del Capitolio, mansión de los Cuerpos legisladores. Majestuoso en su traza y espléndido en sus proporciones, de una riqueza en su ornato que llega a lo fabuloso, hermoso cuando la luz del día lo ilumina, encendido en fuegos de maravilla cuando de noche se inflama su cúpula en viva brasa de oro, cumple su fin de cifra y símbolo de la grandeza nacional.

El Parque. La estatua de Martí se alza en medio de su espacio, como la figura en cuyo torno la historia y la vida de Cuba deben vivir. Es a la Habana el Parque Central lo que a Madrid la Puerta del Sol, a París la plaza de la Ópera, a Londres Piccadilly Circus, a Berlín la Postdammerplatz y a Nueva York el cruce de la calle 42 con la Quinta Avenida. Les lleva de ventaja que su gran enlosado, donde algunas noches una banda de música da sus audiciones, puede servir de paraje de reposo al transeúnte fatigado. Al transeúnte humilde, que es el único a quien es posible ese lujo del descanso al aire libre. Porque no es de buen tono utilizar, ni por un momento, aquellos asientos públicos, que se dejan para los llamados *habitantes*, arbitraria denominación que corresponde a la no menos caprichosa de los *golfs* en Madrid.

Sin embargo, podía ser un lugar de apacible detenimiento y entretenimiento si en él hubiese unos quioscos de refrescos (ya los hubo, y podría volver a haberlos, siempre que, lejos de afean, contribuyesen, por la excelencia de su aspecto, al ornato de la plaza) con sillones y mesas elegantes en derredor de ellos. Construida ésta conforme al sistema tradicional de las Plazas Mayores españolas, tan útil para el sol como para la lluvia, de estar rodeada de soportales, los cafés y restaurantes que dan a ellos deberían sacar sus veladores a sus galerías, como ya ha propuesto, con sus exquisitos buen gusto y amor a la Habana, D. Gabriel Camps, cuyo concepto de lo que debe ser la Acera del Louvre merece elogio y adhesión.

El Centro Gallego y el Asturiano, enfrente uno del otro, ocupan los solares de los que fueron teatros Tacón y Albisu. Todavía en el frente del Parque, entre Prado y Zulueta, queda de los viejos coliseos habaneros el Payret, capaz, cómodo y en buen estado. Se habla de su desaparición para construir en su lugar un rascacielos. Pero ¡ojalá no se cumplan tan tristes augurios! Ni el clima, ni la línea general de la ciudad, ni su tradición arquitectónica, que, como es lógico, tiene una relación con las condiciones naturales de la misma, hacen admisible en la Habana, y en Cuba en general, ese sistema de construcción, que, por otra parte, tuvieron que idear los neoyorquinos porque les faltaba terreno para su expansión, pero que es absurdo donde las urbes pueden extenderse ilimitadamente.

El Centro Asturiano, más moderno que el Gallego, es de una edificación más sobria de líneas y de una severa elegancia. Sabida es la importancia de estos Centros, con sus Quintas de Salud, sus escuelas y el enorme número de socios y de intereses que contienen, de manera que sus elecciones presidenciales tienen una importancia análoga a las que conducen a la jefatura de un Estado. El Centro Gallego posee el primer teatro de la Habana y de la isla: el Nacional, que ha sustituido al de Tacón, derribado en 1905. Decir el teatro Tacón es nombrar en uno de sus aspectos característicos la Habana del siglo XIX. Pancho Martí, el pescadero millonario, lo construye en 1834, por iniciativa y con la ayuda del general Tacón. Alzado en la esquina de Prado y San Rafael quedaba en la de San José un espacio vago, que Martí adicionó al teatro para el local de bailes, acabando por dotar a la ciudad del más vasto y completo estableci-

4

miento de recreos, del cual era empresario al mismo tiempo que del Principal, en la alameda de Paula, donde fué el primitivo del Molinillo.

En la otra esquina de San Rafael surgió el café de Escauriza, propicio también a los danzarines. En su interior promovióse una noche cierta cuestión que habría estado resuelta con una sencilla intervención policíaca. Pero nada menos que todo un capitán general acudió con aparato de fuerza de autoridad, como para matar mosquitos a cañonazos, e impuso la paz y ganó la pelea, que el donaire popular, recordando el accidente principal de la misma, quiso que pasara a la historia con el nombre de «la batalla del ponche de leche». El café del Louvre vino a dar nombre a esa acera, conservado después de desaparecido el famoso establecimiento, aunque de una manera única ha venido a ser llamada «la Acera». Su celebridad arranca de sus días efervescentes de las guerras de la Independencia. Una tarja rememora allí los nombres de los jóvenes que la frecuentaban y que perecieron en la contienda por la libertad de Cuba. El paraje ha merecido otra justa recordación. La de D. Nicolás Estévez, que una mañana histórica, sorprendido al llegar a la Acera por una soledad triste y desacostumbrada, y sabedor entonces de que en esos momentos acontecía la ejecución de los estudiantes, sintió como español el horror y la pesadumbre de aquel hecho sangriento, y en el mismo instante, formulando una decisión definitiva, se consideró desligado de instituciones que sancionaban hechos de tal naturaleza.

El andén central del Prado, entre el Parque y la Punta, ha sido variado en ya carácter tradicional e histórico desde que fué trasladada a ella la iglesia de Monserrate, y en una de sus casas hubo

de morir Máximo Gómez. La de Infanta, que llega al paseo de Carlos III, en el lugar donde antaño, adecuadamente a nombres tan hispánicos, hubo una plaza de toros, ha de prolongarse por Ayesterán, enlazando su caserío con el del Cerro y poblando los descampados próximos al gran parque proyectado junto a la ermita de los Catalanes. Pero no habremos avanzado por ella sin antes detenernos en otra de las grandes obras de la Habana actual. El edificio de la Universidad, de traza clásica y soberana escalinata, que aumenta la grandiosidad del conjunto, digno albergue que merecen la santidad del estudio y la majestad de la ciencia.

El paseo de Carlos III o de Tacón, iniciado por este general en 1835, es amplio y hermoso, tanto como inexplicable resulta que haya perdido su antiguo predicamento, cuando la calzada de la Reina lanzaba entre sus alamedas un tropel brillante de carruajes y de jinetes. La Quinta de los Molinos, antigua residencia veraniega de los capitanes generales, está en parte dedicada a Jardín Botánico y seccionado el resto en otros menesteres. Éste podría ser el gran vergel público de la Habana, remanso en la agitación de la ciudad, solaz del espíritu y del sentido. El castillo del Príncipe domina con triunfador aspecto el paseo desde la loma que corona, y cuyas laderas ha de ir conquistando el embellecimiento urbano. Desde su altura se contempla el cementerio de Colón, de portada monumental, y abundante ya en interesantes recuerdos, pues es tanta la celeridad con que la muerte colabora con la vida en la urdimbre de la historia.

La calzada del Cerro, lugar que en otro tiempo fué como un Aventino de significación contraria, alcor al que se retiraban las familias aristocráticas para construir sus residencias en medio de frondosos jardines, días del esplendor de las quintas de Fernandina y de Santovenia, ha perdido aquella condición, conservándose apenas la arboleda de algunas fincas que han quedado dedicadas a instituciones benéficas. La Zanja Real ya no baña zonas floridas, ni añade su murmullo a las músicas de fiestas próceres. A otra eminencia más apartada conduce la calzada de Jesús del Monte, en la que, por cierto, existe desde hace

un año el museo Martí. Las alturas de La Víbora y la cima de la Loma del Mazo, incomparable belvedere, que son los

parajes donde quisiéramos tener un refugio para muchos de nuestros días, bebiendo a un tiempo con los ojos el panorama del campo, de la ciudad y del mar, en esa Habana deliciosa que hace ideal la vida.

¿Ha cambiado esencialmente la gran ciudad cubana con su modernización y las influencias exóticas que se han ejercido sobre ella? Puede contestarse, por fortuna, que no. Se ha saneado, se ha limpiado, se ha mundificado y mundanizado. Ha ganado en higiene y ha aumentado a un tiempo su ámbito y su belleza. Todo sin mengua de su idiosincrasia. Nada importa que volantas y quitrines sutiles y aéreos como libélulas, y ómnibus de tracción animal tardos y solemnes como mula de canónigo, hayan sido sustituidos por raudas máquinas y guaguas de motor. Nada importa que el negrito y el gallego, que siguen teniendo el tablado de sus sainetes en el pintoresco teatro de la Alhambra, disminuyan su concurso a las vallas de gallos, privando de su presencia a Guanabacoa, la patria del heroico Pepe Antonio, y a los bailes domingueros de Puentes Grandes y de Marianao, para bailar otras danzas en otros escenarios, y cambiando de deporte se apasionen los peninsulares por el fútbol y los indígenas por la destreza basebolera. La inmigración eslava y semítica está muy distante de contrarrestar la importancia de una solera muy añeja. Los chinos se encierran en su barrio, con su teatro y sus costumbres esotéricas. El norte influye en los negocios; pero ¡ay! que por suerte el alma no se finanza ni es susceptible de ser cotizada en Bolsa.

La Habana criolla guarda sus calidades ancestrales de simpatía, de agudeza y de donaire, acrecentando su valor con todas las ventajas materiales, con una conciencia plena de su ser y de su porvenir, y un desarrollo cultural, y una suma, en fin, de condiciones positivas, que aseguran su preeminencia. Así, cuando se entra en ella, conviértese su blasón en realidad, y la heráldica llave de oro no es sólo del golfo de Méjico, sino de una ciudad encantada que se abre como un corazón al amor.



La vieja Habana que se asoma al mar



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA